



Espejismos

Isabel Bernal

Un escote de mujer, unos hombros acariciados por un velo fino que apenas los cubre, unas clavículas afiladas rompen la lisura de la piel pálida. El cuello se alarga, marcado por diagonales encontradas que crean un hoyuelo profundo en el centro. Y una cadena dorada atraviesa las líneas de ese cuello, cargando el peso de una lágrima opalescente.

«No puedo negar que me gusta ser deseada, veo mi brillo reflejado en los ojos de quién me mira y me embriago con mi belleza. Disfruto de ser exhibida, enalteciendo desde mi pedestal la simpleza de un rostro humano. No soy objeto de una sola mirada, me llegan muchas que me colman de orgullo. Hay quienes se me acercan y hasta se atreven a tocarme con el temblor de la lujuria en sus dedos. Me siento complacida por un instante. Luego la satisfacción se torna insípida, hay algo en esos ojos que me paraliza, una atadura que me quita el aire.»

El balanceo en la gargantilla de la que pende la perla se parece al de las olas cuando se mecen en la arena, el sudor resbala por el cuello e



"... quizás el océano se convierta en mi cómplice"... Ilustración por la autora para su cuento Espejismos.

imita el gusto salobre del mar que un día la envolvió. A veces el frío de la superficie cristalina roza la piel que la acuna y unos vellitos se levantan formando montañas diminutas. En las noches pasa recogida en algo semejante a su primer hogar, una boca aterciopelada se cierra sobre ella y la rodea la oscuridad.

«La soledad sin luz duele hondo, se filtra entre mis capas de calcio y se incrusta en mi alma de piedra. Recuerdo que este lecho en el que duermo no eres tú, que no sé en dónde estás, que nos perdimos; así mi vanidad se oculta tras la niebla de tu ausencia. Evoco la delicadeza con la que me abrazabas, esa sensación

de protección cuando estaba en tu manto carnosos y la saliva de yodo en la que nadaba. El aire helado me rodea en las mañanas y me hace sentir como si me fragmentara, necesito tu viscosidad para seguir siendo fuerte.»

La perla se ha convertido en un amuleto. Todos los días se hace abrazo en el cuello pálido. Por el oscilar constante, el espacio que hay entre la piedra y el botón de oro que la porta se ha ido dilatando. Hay cierto baile discreto que se percibe al caminar, un vértigo, una levedad. La mujer no se ha percatado de ello.

«Regreso aterida al escote y en sueños me desprendo de mi columpio, caigo rodando y me pierdo en la penumbra de eso desconocido que me atrae; un olor entre salino y dulce me llama desde la hondura y me sumerge en la nostalgia. Me llegan entonces efluvios de tu aroma de notas marinas y florales todavía pegado a mi contorno irisado. Y me atrapa de nuevo tu intimidad láctea, un poco terrosa, con un toque ácido y provocativo, así me zambullo de nuevo en el espejismo de tus jugos tibios.

Luego esos recuerdos se enturbian con la sombra de tus fauces cerradas sobre mi redondez. Esas valvas grises me aprisionaban engañándome con el reflejo de colores que guardabas para mí. Pensaba que la existencia era mi imagen proyectada en tus paredes, la vida solo era posible a través de ti. Eras mi cárcel,

me atesorabas con cariño, pero con celo. Siempre moviéndome a tu ritmo, siguiendo tus pasos. Por lo menos tú podías dejarte llevar por las corrientes, competir con los peces. Yo en cambio nunca pude mirar el ondear de las algas, disfrutar de los rayos del sol deslizarse en mi superficie, ni jugar con la espuma de las olas. Sé que el dolor no vino únicamente de ti. Yo fui tu enfermedad, ese cuerpo incrustado en tu carne, una cicatriz. Me alimenté de tu ser, te herí con mi peso y mi frialdad. Nos hicimos daño y lo camuflamos con caricias. Y no supimos cómo parar.

Tuvo que llegar una mano seca y áspera a arrancarme de tu manto. Nunca me soñé fuera de tu coraza ni te imaginé viviendo sin mí. En tu interior era única, era tesoro, era corazón. ¿Qué habrá sido de tí? ¿Vivirás todavía bajo el agua? Imagino tus pétalos nacarados adornando también el cabello de una mujer o convertidos en música cada vez que el viento los hace bailar.»

La joya ha regresado al mar algunas veces, escoltada por su cadena. Recibe baños de belleza, la sal le viene bien: su arcoíris se intensifica y el blanco se vuelve más puro.

La rutina es siempre la misma. La mujer camina un rato por la playa en donde la arena es suave, deja sus pies mojarse de a poco, produciéndole en los poros la misma sensación causada en ocasiones por la gema que reposa en la hondonada de su

cuello. La perla brilla en la tibieza del sol mientras el velo azul va cubriendo la piel con mimo.

«Lo siento desde lejos, al océano; el aire cambia cuando está cerca de las olas: suena como si el universo respirara, se perfuma con un aroma fresco y dulce, y la piel en la que reposo se impregna de sabor a coco.

Se rompe la resistencia del líquido salino que me recibe con caricias frías y entre las ondas transparentes alcanzo a ver el fondo: miles de piedrecitas de colores opacos se llenan de visos al contacto con la luz, algunas blancas, otras grisáceas, unas negras como agujeros. Se ven también vidrios verdes redondeados por los años, conchas vacías y trozos rosados de coral. Nadie las mira, no las desean, no tienen que ser para alguien. Están ahí, tranquilas, completas. Tal vez esa sea la libertad.

¿Y si aprovechara esa fragilidad que he venido sintiendo en mi base? Podría enredarme entre la cabellera mojada... Quizás el océano se convierta en mi cómplice y me ayude a escaparme también de esta cárcel. Sé que los guijarros me aceptarían como uno más.»

Isabel Bernal

Febrero 18 de 2021

Medellín, 1985.

Isabel Bernal. Diseñadora de modas de la Colegiatura Colombiana, con postgrado en vestuario escénico de la Universidad de Barcelona. Tiene una marca de ropa especializada en danza. Un cuento suyo, “*Vacío*”, está incluido en el libro *Trabajos de Taller* (selección de textos del Taller de Escritores de la BPP, Fondo Editorial de la BPP, Vol. 150, 2020). Su cuento “*Concierto Móvil*” fue publicado en “*Relatos de Cuarentena*” de la página web de la BPP.